

les, sucumbiendo muchos al rigor de los tormentos que les aplicaron en el curso de su causa; mas de mil oficiales del ejército y funcionarios civiles fueron destituidos, y la amnistía, que las potencias extranjeras pidieron con instancias al rey de Nápoles, fué dada, pero reducida á la mínima expresión. El gobierno, bajo el peso de la execración universal, descendió hasta el nivel mas vil y repugnante. En la corte reinaba el libertinaje desenfadado y en todo el país se sucedían con aterradora regularidad las conspiraciones, las traiciones y las ejecuciones. «Nada habia tan menospreciado como las leyes.»

En los Estados de la Iglesia, el cardenal secretario Consalvi se inclinaba á la moderación, pero fué impotente contra el furor reaccionario de los demás cardenales, que á la muerte de Pio VII, ocurrida el 20 de agosto de 1823, elevaron al pontificado con el nombre de Leon XII al cardenal della Genga, el adversario mas encarnizado de Consalvi y ardiente protector de los jesuitas. Su sucesor, Pio VIII, decretó la pena de muerte contra todos los miembros de sociedades secretas, á quienes Pio VII ya habia excomulgado.

En el reino de Cerdeña menudearon tambien las condenas; las universidades de Turin y Génova fueron cerradas por un año, pero no hubo tanta ferocidad como en los países citados. Sin embargo, el mismo príncipe de Carignano estuvo á punto de ser excluido de la sucesión al trono, debiendo reemplazarle el duque Francisco de Módena, segun decia su diario, encontrado en 1848, y segun los papeles de Metternich, el hijo del mismo Carlos Alberto (1). Francisco de Módena era yerno de Víctor Manuel, y entre todos los príncipes italianos protegidos del Austria, el mas indigno. El rey Carlos Félix estaba decidido á excluir á Carlos Alberto de la sucesión, pero al fin cedió á las instancias del emperador Francisco de Metternich, que querian proteger la sucesión legítima hasta en la persona de un príncipe que habia hecho causa comun con los rebeldes liberales, y á quien acaso esperaban apartar de la mala senda por medio de la gratitud.

El gran duque de Toscana no se dejó dominar por los reaccionarios á todo trance, y muy al contrario, admitió en su territorio á los desterrados y fugitivos políticos de otras partes, como Poerio, Colletta, Guillermo Pepe, etc.

Esta situación pareció á Metternich la mas favorable para volver á poner sobre el tapete su proyecto favorito de una federación de soberanos italianos, y habiendo sido otra vez rechazada su idea, apeló á los medios indirectos, proponiendo al congreso que se abrió en otoño de 1822 en Verona, y no en Florencia como estaba convenido, el nombramiento de una comisión investigadora para la Italia que debia residir en Piacenza, al estilo de la alemana establecida en Maguncia y presidida por la Prusia. Pero la mayor parte de los soberanos de Italia conocieron la trampa y no quisieron dar al Austria tan magnífico pretexto para mezclarse en el gobierno interior de sus Estados. El papa se opuso á semejante propósito con verdadera indignación, porque sospechaba que el gobierno austriaco meditaba anexionarse por este medio á Ferrara, Bolonia y las Legaciones. El proyecto naufragó, pues, y además de esto, el Austria tuvo que retirar sus tropas del Piamonte y disminuir su ejército de ocupación en el reino de Nápoles para satisfacer las reclamaciones urgentes del gobierno francés.

Desde entonces vive en todo corazón italiano un odio inextinguible contra el Austria, el verdugo de su libertad y el sosten de sus tiranos.

Los principios absolutistas y del derecho divino proclamados en los congresos de Troppau y Laibach debían abrir

(1) Papeles póstumos de Metternich, tomo IV, 255.

irremisiblemente un abismo entre los países gobernados segun estos principios y los gobernados constitucionalmente. No se manifestó mas pronto este contraste inevitable porque gobernaban en Inglaterra los tories, y en Francia se fué manteniendo, por muchos años todavía, la influencia rusa gracias al ministerio Richelieu, bajo cuya sombra pudo desarrollarse y robustecerse la reacción y dominar al país.

#### CAPITULO IV

##### FRANCIA

El duque de Richelieu, apoyado en la derecha y el centro derecho de la cámara, habia empuñado por segunda vez el timón del Estado para sacar la nave, mientras fuese tiempo, del peligroso derrotero que llevaba y que la conducía irremisiblemente á la revolución. A este fin presentó por lo pronto dos proyectos de ley: uno que limitaba por un año la libertad de imprenta y el otro que autorizaba al gobierno para tener presa tres meses sin formación de causa á toda persona sospechosa. La oposición fué grande, pero al fin fueron votadas ambas leyes. En seguida presentó el ministerio un complicado proyecto de ley electoral de sufragio indirecto, encaminado á dar la mayor influencia á las clases pudientes en perjuicio del partido liberal. La discusión fué tempestuosa y duró cuatro semanas; la izquierda luchó con desesperación para sostener la ley electoral de 1817, que á haberse conservado un año mas habria dado al partido liberal la mayoría en la cámara de diputados. La excitación se comunicó á la población; los guardias de corps insultaron delante del palacio Borbon á varios diputados de la izquierda; en las calles hubo tumultos, corridas y reyertas sangrientas, promovidas por la izquierda, si bien ella declaraba todo lo contrario. El espanto que esto sembró en París facilitó la victoria al gobierno; la ley electoral fué votada, aunque con algunas modificaciones; la izquierda quedó detenida en su carrera victoriosa y en todas partes el ministerio Richelieu triunfó.

Nada mas lejos de la mente de Richelieu que explotar su victoria en provecho de la reacción, porque hartó penetrado estaba del daño que habia de causar cualquiera tentativa de volver al régimen antiguo. Su propósito era gobernar al país de una manera práctica y racional á la sombra de la constitución. Mas para llegar á este resultado habia tenido que valerse de la derecha de la cámara, con la cual habia contraído compromisos que le tenian ligado á ella. No podia menos de admitir á algunos de sus miembros en su ministerio, á cuyo fin ofreció una cartera á Villèle, pero este no quiso ser solo y la modificación se aplazó. Además, la derecha, que miraba al ministerio Richelieu como provisional, no mostraba prisa para heredarlo, porque sabia que tenia la herencia en la mano y que el triunfo definitivo seria suyo. En efecto, facilitó este triunfo un suceso que llenó á todo el partido realista de júbilo indescriptible.

El asesinato del duque de Berry habia sido un crimen inútil, porque el 20 de setiembre de 1820 su viuda dió á luz un hijo. A pesar de la rapidez con que se presentó el parto, tuvo la duquesa el tiempo y la presencia de espíritu necesarias para que el alumbramiento se hiciera en presencia de testigos auténticos y nadie pudiese dudar de la legitimidad del hijo póstumo del duque. La alegría de los realistas rayó en verdadero éxtasis; el recién nacido fué saludado y proclamado como enviado del cielo, como el Mesías del partido legitimista, y su madre comparada con la madre del Salvador. A tiempo habia traído el mismo Chateaubriand con admirable prevision, agua del río Jordan para el bautizo del vástago regio milagroso, y el nuncio dijo, al presentar el

cuerpo diplomático su felicitación: «Este niño, que es hijo del dolor, de los recuerdos y de las amarguras, lo es tambien de la Europa, porque es el principio y la garantía de la paz y de la tranquilidad.» El pequeño príncipe fué obsequiado con el título de duque de Burdeos, y al quinto día de su existencia, segun se lee en el número correspondiente del *Moniteur*, recibió en audiencia solemne al cuerpo diplomá-

tico. Los legitimistas pudientes regalaron al niño regio el palacio de Chambord (1).

En las primeras elecciones que se celebraron, y que fueron tambien las primeras hechas conforme á la nueva ley electoral, obtuvo el partido ultra-reaccionario una victoria mas completa de lo que el mismo ministerio hubiera deseado. Habia vuelto á encontrar la cámara que el rey Luis XVIII



La duquesa de Berry y sus hijos.

Copia de un grabado en acero de Delannoy, sacado del cuadro original de Francisco Pascual Gerar. Hállase en la galería de Versalles

habia llamado sin igual (*la chambre introuvable*) y Richelieu no pudo menos de hacerle concesiones y de admitir, el 20 de diciembre, en el ministerio á dos jefes de la derecha triunfante, Villèle y Corbière, creyendo con esto asegurarse el afecto y apoyo de la mayoría. Pero pronto conoció que en lugar de dos colegas habia introducido en el gabinete dos amos, porque disponían de la mayoría de la cámara y esta mayoría era insaciable é indomable, sobre todo desde el triunfo obtenido sobre la revolución en Italia. Increpaba con violencia creciente al ministerio por su moderación,

que calificaba de debilidad punible y de traición á la justicia y á la verdad; acusaba al gobierno de inactivo porque no tomaba todas las medidas que estaban en su mano para asegurar el triunfo de los principios monárquicos, y sobre todo porque nada hacia en favor de los realistas, es decir, porque no destituía bastantes empleados, altos y bajos, sospechosos

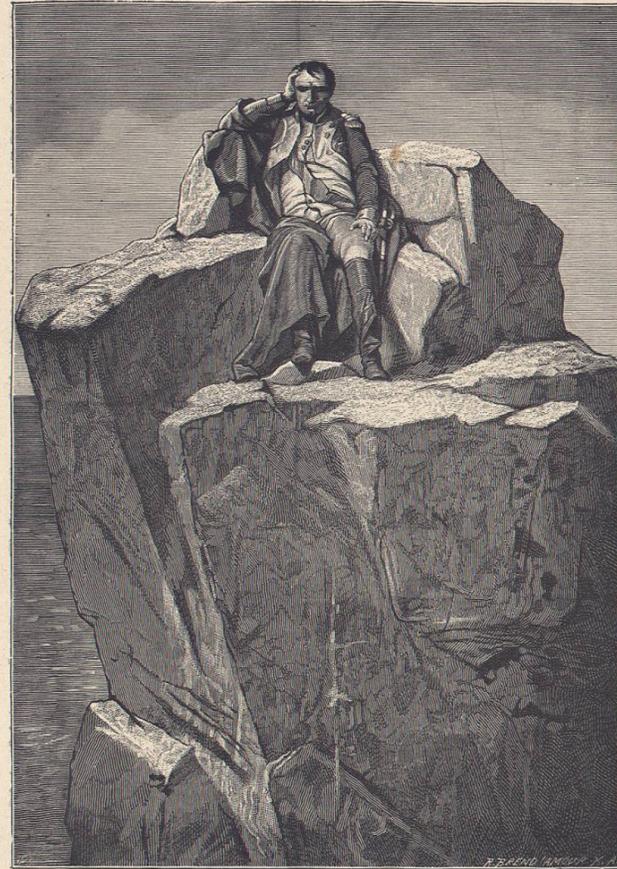
(1) Comprado por 1.750,000 francos á la viuda del general Berthier al cual lo habia regalado Napoleon. Esta cantidad fué reunida por suscripción, porque la proposición de hacer el regalo á nombre y expensas de la nación, suscitó en el público una agitación peligrosa. (N. del T.)

de liberalismo, para llenar las vacantes con hombres del partido vencedor. Los mismos ministros Villèle y Corbière no consiguieron hacer entender á la derecha desenfrenada la razón, y en mas de una ocasión fueron objeto de su hostilidad todos los ministros. Cuando el ministerio pidió una prolongación de la censura previa, solo se le concedió la mayoría por un tiempo limitado para no poner en sus manos un arma que podía emplear contra la misma reacción; y cuando pidió 1.800,000 francos para indemnización de los que habían hecho donativos al imperio, desposeídos por el tratado de paz de París, solo concedió la mayoría pensiones para sus viudas y huérfanos, y aun esto le pareció una injusticia monstruosa mientras no se indemnizara á los emigrantes realistas de la pérdida de sus bienes. El pueblo no olvidó la malevolencia repugnante que mostró la mayoría en este debate, la cual influyó todavía en los sucesos del año 1830. En cambio mostróse la mayoría liberalísima al discutirse la ley que destinaba las pensiones que recibían los clérigos del antiguo régimen. al quedar extinguidas á la muerte de estos, á la dotación de doce obispados nuevos, á la restauración de iglesias, á mejorar la tristísima situación de los curas rurales y á la provisión de los 350 curatos vacantes. No contenta con esto, pidió que se autorizara al gobierno para aumentar el número de obispados hasta donde le dictara su voluntad sin necesidad de consultar á las cámaras, con lo cual no consiguió sino parte de su deseo, es decir, que además de los doce obispados nuevos votados se establecieran otros diez y ocho á medida que hubiese recursos disponibles; de modo que el número total de obispados llegó pronto á ochenta, que constituyen aun hoy la base de la organización eclesiástica de Francia.

A medida que el partido ultra realista se fué acercando al poder manifestó, al lado de sus tendencias políticas, las religiosas, sin que el clero por su parte notara que la simple apariencia de una alianza con este partido le hacia sospechoso y hacia odiosa también á la Iglesia á los ojos de los demás partidos. El primer ataque en sentido ultramontano fué dirigido por la mayoría de la cámara contra el monopolio de la enseñanza que Napoleón había concedido en 1806 á la universidad de París y al instituto de instrucción, quizás el mas despótico y el mas formidable que jamás ha existido independiente de la Iglesia romana. Bajo la capa de libertad de enseñanza quería el clero hacerse con el monopolio de la instrucción pública arrebatándole á la universidad, porque la ciencia mas elevada, la filosofía, enseñada por catedráticos jóvenes y elocuentes, tomaba con sus explicaciones un vuelo extraordinario con horror del partido clerical, mientras en la base del edificio de la enseñanza se aumentaban, con rapidez aterradora para los clericales, las escuelas elementales de enseñanza mútua por el sistema inglés llamado de Lancaster. Estas escuelas estaban protegidas por Royer-Collard, como presidente del consejo superior de Instrucción pública para compensar cuanto antes la culpable negligencia en este punto del régimen imperial; y tanta había sido su actividad que el número de niños que las frecuentaban se había aumentado, desde el año 1816, desde ciento sesenta y cinco mil hasta un millón doscientos veintitres mil, no obstante haber todavía en toda la Francia veinticinco mil poblaciones que no tenían escuela ninguna. Para las de enseñanza mútua pidió el gobierno el insignificante auxilio de cincuenta mil francos, y la cámara lo negó por estar tachadas estas escuelas de poco católicas, pero en cambio apoyó la mayoría, vivamente, la pretensión de los *hermanos de la doctrina cristiana*, que solicitaron se les eximiera de la obligación impuesta por la ley de Instrucción pública de 1816, de presentar títulos de capacidad para enseñar. Los jesuitas, que bajo el nombre de *padres de la fe* se dedicaban también á la en-

señanza en sus llamados *seminarios chicos*, destinados en tiempo del imperio á llenar las filas diezmadadas del clero con nuevos individuos, pero en los cuales admitían también niños y jóvenes no destinados á la carrera eclesiástica, eludían así la intervención é inspección de la universidad; y cuando vieron la reacción triunfante, fundaron bajo su verdadero nombre, ya que hasta entonces se había negado constantemente que hubiese jesuitas en Francia, un establecimiento central de enseñanza en Montrouge.

El partido liberal contestó á todos estos retos con su actividad acostumbrada, y resucitó el ya fenecido volterianismo y el no menos olvidado galicanismo, que con la irreligiosidad general, personificada principalmente en Beranger, formaron una mezcla singular. Los autos de fe ridículos que hizo la Congregación con las obras de Voltaire y de Rousseau, en las cuales nadie pensaba ya, tuvieron por resultado que volviese la curiosidad pública á fijarse en ellas y que se hiciesen nuevas ediciones numerosas para el pueblo. En todas partes encontrábase las dos corrientes opuestas: si el partido realista y ultramontano increpaba al gobierno por su conducta en Italia, diciendo que coqueteaba con la revolución en gran detrimento de su prestigio, los liberales le criticaban diciendo que allí había sacrificado el honor de la Francia. Estos contrastes y choques producían un torbellino que no permitió á ningún ministerio seguir un plan sin desviarse de él. Los dos partidos extremos absorbieron á los partidos medios: los doctrinarios, no pudiendo hacerse ministeriales en aquellas circunstancias, se agregaron con el centro izquierdo á la oposición, á lo cual contestó la derecha haciendo borrar de la lista de los consejeros de Estado efectivos á los Royer, Collard, C. Jordan, Barante y Guizot. Con esto unió mas sólidamente estos talentos á la izquierda, mientras la derecha no tenía donde reclutar talentos nuevos. No por eso se confundieron los doctrinarios con los radicales, pero suspendieron su tendencia á la moderación y conciliación y protegieron á los extremos siempre que se trataba de aplicar sus principios. Así, pues, de hecho quedaron divididos la cámara y el país en los dos bandos extremos, la izquierda y la derecha, la Francia nueva y la Francia vieja. Esta última era como un mueble vetusto, juzgado y condenado por la nueva generación y por los sucesos que habían mediado, y sirviendo forzosamente de estorbo en medio de una sociedad completamente distinta que no comprendía su razón de ser. Para la cual era solo un recuerdo histórico. Para los realistas era cada liberal un revolucionario y un conspirador, y para los liberales cada realista era un enemigo de la constitución, siendo lo peor de todo que ambos partidos tenían generalmente razón. Respecto del partido liberal, la oposición que hacia en la cámara era solo la cortina detrás de la cual se movieron ocultos durante años los conspiradores revolucionarios; porque si en Francia había quedado la izquierda vencida en la cámara, no menguaron ni sus esperanzas ni sus bríos en el país, antes al contrario se aumentaron con las victorias de sus correligionarios en la península ibérica y en Nápoles. El primer efecto de esta situación fué la introducción y fomento de las sociedades secretas y de las conspiraciones, á contar desde el año 1819, siendo los focos principales la sociedad de los Amigos de la Libertad de la Prensa, la logia de los Amigos de la Verdad, y la comisión directiva de la oposición, compuesta de hombres como Lafayette, Dupont de l'Eure, Argenson, Manuel y otros diputados y hombres políticos. Algunos jefes liberales estaban en el secreto, pero no tomaron parte en los manejos ocultos, antes los desaprobaban. A esta clase de liberales pertenecían el general Foy, Casimiro Perier y Benjamin Constant. Otros, finalmente, como Royer-Collard y sus amigos, ignoraban



Napoleon en Santa Elena